

UN MANIFIESTO SOCIALISTA

Por Erich FROMM

I

A I SALIR DE la Edad Media, el hombre de occidente parecía en vías de realizar al fin sus sueños y fantasías más vehementes. Se liberó de la autoridad de una iglesia totalitaria, del peso del pensamiento tradicional, de las limitaciones geográficas de un mundo apenas explorado. Descubrió la naturaleza y al individuo, y se dio cuenta de su propia fuerza, de su capacidad para convertirse en gobernante sobre la naturaleza y las circunstancias implantadas por el pasado. Se consideró capaz de lograr una síntesis entre su nuevo sentido de la fuerza y la razón, y los valores espirituales de su legado espiritual humanista; entre la idea profética del tiempo mesiánico de paz y justicia a que habría de llegar la humanidad en su proceso histórico, y las teorías y ciencias de la tradición griega. Durante los siglos posteriores al Renacimiento y a la Reforma, construyó una nueva ciencia que a la postre condujo a la liberación de fuerzas productivas hasta entonces inauditas, y a la transformación total del mundo material. Se crearon sistemas políticos que parecían garantizar el desarrollo libre y productivo del individuo. Las horas de trabajo se redujeron a tal grado que el occidente dispone de tanto margen para el ocio como no podrían haber soñado sus antepasados.

Sin embargo, ¿dónde nos encontramos hoy en día?

El mundo está dividido en dos campos: el capitalista y el comunista. Ambos creen poseer la clave para la realización de las esperanzas humanas que alentaban las generaciones pasadas, y afirman que, aunque deben coexistir, sus sistemas son incompatibles.

¿Tienen razón? ¿No están ambos a punto de converger en un neofeudalismo industrial, en sociedades industriales dirigidas y manejadas por grandes y poderosas burocracias, en las que el individuo se convierte en un autómatas bien alimentado, que se divierte mucho, que pierde su individualidad, su independencia y su humanidad? ¿Debemos resignarnos a abandonar la esperanza de un mundo de solidaridad y justicia, y a que este ideal se pierda en un vano concepto técnico de "progreso", mientras podemos manejar la naturaleza y producir cada vez más artículos?

Nos preguntamos si no existe otra alternativa que la que ofrecen el industrialismo administrativo capitalista y el comunista. ¿No podríamos edificar una sociedad industrial en la que el individuo conservara su papel de miembro activo, responsable, que controlara las circunstancias, en lugar de ser dominado por éstas? ¿Acaso la riqueza económica y las aspiraciones humanas son verdaderamente incompatibles?

Además, estos dos campos no sólo compiten en economía y política, sino que uno al otro se amenazan con el arma del miedo a un ataque atómico que aniquilaría a ambos, y quizá a toda la civilización. Ciertamente el hombre ha creado la bomba atómica, una de las mayores

proezas de la inteligencia; pero ha perdido el dominio de su invento. La bomba se ha vuelto su amo, las fuerzas de su propia creación se han convertido en su peor enemigo.

¿Hay aún tiempo para dar marcha atrás? ¿Será posible lograr un cambio y llegar a dominar las circunstancias, en vez de dejar que éstas nos gobiernen? ¿Podremos superar las hondas raíces de la barbarie que nos impulsan a solucionar los problemas de la única manera en que no pueden resolverse: por la fuerza, la violencia y la muerte? ¿Seremos capaces de salvar el abismo que existe entre nuestros enormes logros intelectuales y nuestro atraso emocional y moral?

II

A fin de contestar estas preguntas, se necesita hacer un examen más detallado de la actual posición del hombre occidental.

Para la mayoría de los norteamericanos el éxito de nuestra forma de organización industrial parece evidente y arrollador. Las nuevas fuerzas productivas (vapor, electricidad, petróleo y energía atómica), y las nuevas formas de organización del trabajo (planeación central, burocratización, aumento de la división del trabajo, automatización, etc.) han creado una riqueza material en los países más industrializados, lo que ha eliminado la pobreza extrema en que la mayoría de los habitantes vivían hace cien años.

En los últimos cien años, las horas de trabajo se han reducido de 70 a 40 por semana, y, al aumentarse la automatización, una jornada de trabajo que se vuelve cada vez más corta puede dar al hombre una cantidad increíble de horas de descanso. Se imparte educación básica a todos los niños, y educación superior a un porcentaje muy considerable de la población total. El cine, la radio, la televisión, los deportes, los pasatiempos, ocupan muchas de las horas que el hombre actual dispone para descansar.

Se diría que por primera vez en la historia una inmensa mayoría del mundo occidental —y pronto todos los hombres en aquél— estarán principalmente preocupados por vivir en vez de estarlo por la lucha por la vida. Parecería que los sueños más preciosos de nuestros antepasados están a punto de realizarse, y que el mundo occidental ha encontrado al fin la respuesta a la cuestión de "qué es la buena vida".

Mientras que la mayor parte de Norteamérica y Europa Occidental comparte este punto de vista, un número cada vez mayor de gente reflexiva y sensible nota los defectos de este seductor panorama. Han observado, en primer lugar, que aun dentro del país más rico del mundo, los Estados Unidos, casi una quinta parte de la población no participa de la "buena vida" de la mayoría; y que un número considerable de nuestros conciudadanos no ha alcanzado el nivel de vida material que es la base para una digna existencia humana. Los

espíritus críticos saben, además, que más de las dos terceras partes de la raza humana, los que durante siglos sufrieron el colonialismo occidental, tienen un nivel de vida 10 o 20 veces más bajo que nosotros, y como promedio de vida la mitad del de un norteamericano medio.

A ellos también les sorprenden las contradicciones irracionales que obstruyen nuestro sistema. Mientras que hay millones de personas en nuestro propio medio, y cientos de millones en el extranjero, que no tienen suficiente para comer, nosotros restringimos la producción agrícola, y además, gastamos cientos de millones cada año para almacenar nuestros excedentes. Tenemos abundancia, pero no lozanía. Somos ricos, pero disfrutamos de menos libertad. Consumimos más, pero estamos más vacíos. Poseemos más armas atómicas, pero estamos más indefensos. Tenemos mayor educación, pero menos juicio crítico y convicciones. Hay más religión, pero nos volvemos más materialistas. Hablamos de la tradición americana que es, de hecho, la tradición espiritual del humanismo radical; sin embargo llamamos "no americanos" a los que tratan de aplicar ésta a la sociedad actual.

Aunque nos conformemos, como muchos, con suponer que es sólo cuestión de unas cuantas generaciones para que el occidente, y finalmente todo el mundo, alcance la abundancia económica, se impone preguntar: *¿Cuál es la situación del hombre, y a dónde llegará si continúa en la ruta que nuestro sistema industrial ha trazado?*

III

A fin de comprender cómo esos cambios con los que nuestro sistema pudo resolver algunos de sus problemas económicos, están encaminados cada vez más a fracasar en la solución del problema humano, es necesario examinar los aspectos que caracterizan al capitalismo del siglo xx.

La concentración del capital condujo a la formación de empresas gigantescas, manejadas por burocracias organizadas jerárquicamente. Grandes aglomeraciones de obreros trabajan juntos como parte de la inmensa maquinaria de la producción organizada, la cual para poder funcionar debe hacerlo uniformemente, sin fricción ni interrupción. El trabajador o el empleado se convierten en un diente del engranaje de esta maquinaria; su trabajo y sus actividades las determina la estructura total de la organización en que trabaja. En las grandes empresas, la propiedad legal de los medios de producción se ha separado de la dirección y ha perdido su importancia. Las grandes empresas están dirigidas por una administración burocrática que no es propietaria legal de la empresa, sino social. Estos administradores no tienen las cualidades del antiguo propietario: iniciativa individual, osadía, atrevimiento, sino las del burócrata: falta de individualidad, impersonalidad, precaución, falta de imaginación. Manejan cosas y personas, y se relacionan con las últimas como si ellas fueran objetos. Esta clase administrativa, aunque no es legalmente dueña de la empresa, de hecho la controla. No es responsable (en una manera efectiva) ni ante los accionistas, ni ante

los que trabajan en la empresa. Aun cuando los campos más importantes de la producción están en manos de grandes compañías, en realidad éstas son manejadas por sus funcionarios principales. Las inmensas compañías que controlan el destino del país, y, en un alto grado, el político, constituyen lo opuesto al sistema democrático: *representan el poder sin el control de los gobernados.*

La gran mayoría de la población es administrada por otras burocracias, además de la industrial. Ante todo por la gubernamental (incluyendo la de las fuerzas armadas) que dirige e influye sobre las vidas de millones de personas, en una forma u otra. Las burocracias (industrial, militar y gubernamental) se parecen en sus actividades, y cada vez más en su personal. Con el desarrollo de empresas más y más grandes, los sindicatos también se han convertido en enormes maquinarias en las que el afiliado tiene muy poco que decir. Muchos jefes de sindicato son burócratas administrativos, igual que los dirigentes de industrias.

Todas estas burocracias no tienen ningún plan ni visión. Y no podría ser de otro modo, dada la naturaleza de semejante administración burocrática. Cuando el hombre se transforma en una cosa y es manejado como tal, sus mismos directores se convierten en cosas; y éstas no tienen voluntad, ni visión, ni plan.

Al ser manejado el individuo burocráticamente, el proceso democrático se transforma en un ritual. Ya sea en una junta de accionistas, en una gran empresa, en unas elecciones políticas, o en la junta de un sindicato, el individuo ha perdido casi toda su capacidad para tomar decisiones y para participar activamente en la formulación de éstas. Especialmente en la esfera política, las elecciones se reducen cada vez más a plebiscitos en lo que el individuo puede expresar su preferencia entre dos candidaturas de políticos profesionales, y lo más que puede decirse es que lo están gobernando con su consentimiento. Pero los medios de conseguir esa conformidad son la sugestión y los manejos. Por esto las decisiones fundamentales —las de la política exterior que entrañan la paz y la guerra— son tomadas por pequeños grupos que el ciudadano medio apenas conoce.

Las ideas políticas de la democracia, tal como los fundadores de los Estados Unidos las concibieron, no eran solamente políticas. Estaban arraigadas en la tradición espiritual que proviene del mesianismo profético, de los Evangelios, del humanismo, de los grandes filósofos de la Ilustración de los siglos xvii y xviii. Los conceptos espirituales de igualdad, justicia y fraternidad humanas, son la base del sistema democrático americano. Pero estos conceptos políticos han perdido ahora sus raíces espirituales. Se han convertido en asunto de "eficacia"; se juzga sólo si sirven para elevar el nivel de vida y para mejorar la administración política. Al perder su arraigo en el corazón y en los anhelos del hombre, han degenerado en un cascarón vacío que puede desecharse si así lo justifica la efectividad técnica.

El individuo no sólo es controlado y manejado en la esfera de la producción, sino también en la del consumo, en la

que se pretende que manifiesta sus preferencias libremente. En el consumo de comida, ropa, licores, cigarrillos, o de programas de cine y televisión, se emplea un poderoso mecanismo de sugestión con dos propósitos: primero, fomentar constantemente el deseo del individuo por nuevos artículos; y, segundo, dirigir ese apetito hacia los campos más beneficiosos para la industria.

El volumen de las inversiones en la industria de artículos para el consumidor, y la competencia entre unas cuantas empresas gigantescas, hacen incluso necesario que el consumo no se deje al azar, ni que el consumidor decida libremente si desea comprar, y qué es lo que quiere. Sus deseos tienen que ser siempre estimulados, sus gustos controlados, dirigidos, y previstos. El hombre se con-

vierte en "el consumidor", en el eterno lactante, cuyo solo deseo es consumir más y "mejores" cosas.

Si bien nuestro sistema económico ha enriquecido al hombre en lo material, lo ha empobrecido en lo humano. A pesar de toda la propaganda y los lemas acerca de la fe que el mundo occidental tiene en Dios, de su idealismo, de su preocupación por el espíritu, nuestro sistema ha creado una cultura y un hombre materialista. Durante ocho horas de trabajo, el individuo es tratado como si fuera parte de un equipo de producción, y durante ocho horas de ocio, es instigado e inducido a que se convierta en el consumidor perfecto, al que le gusta lo que le indican; pero que tiene la ilusión de seguir sus propios gustos. Constantemente se le machaca con lemas, su-



George Grosz. *Abismo*, 1946.

gestiones, voces irreales que lo privan del último resto de realismo que pudiera conservar aún. Desde la infancia se le combaten sus verdaderas convicciones. Existe poco criterio y pocos sentimientos reales, por esto sólo la conformidad con el grupo puede salvar al hombre de un sentimiento insoportable de soledad y desamparo. El individuo no se siente portador activo de sus propias potencias y su riqueza interior, sino como una "cosa" empobrecida, dependiente de fuerzas exteriores, en las cuales ha proyectado su esencia vital. El hombre está enajenado de sí mismo, y se inclina ante el trabajo de sus propias manos. Se inclina ante las cosas que produce, ante el Estado, ante los jefes que él mismo erige. Su propia obra, en vez de ser controlada por él, se convierte en una fuerza extraña que lo vigila y se le enfrenta. Más que nunca en la historia la unificación de nuestra producción en una fuerza objetiva superior a nosotros, fuera de nuestro control, que defrauda nuestras ilusiones, que aniquila nuestros cálculos, es uno de los principales factores que determinan nuestro desarrollo. El hombre moderno ha hecho de sus productos, de sus máquinas, del Estado, ídolos que cifran su propia vida en una forma enajenada.

Es indudable que Marx tenía razón al afirmar que "el lugar de todos los sentidos físicos y mentales ha sido usurpado por la auto-enajenación de todos éstos, por la sensación de *poseer*... La propiedad privada nos ha vuelto tan estúpidos e impotentes que las cosas sólo llegan a ser nuestras si las *tenemos*, o sea si existen para nosotros como capital y las poseemos, las comemos, las bebemos, esto es, las usamos. Somos pobres a pesar de nuestra riqueza, porque *tenemos* mucho, pero *somos* poco".

Como resultado de esto, el hombre medio se siente inseguro, solo, deprimido, y es infeliz aun en la abundancia. La existencia no tiene sentido para él; confusamente se da cuenta de que el significado de la vida no reside en ser sólo un "consumidor". No podría soportar la infelicidad y el vacío de la vida, si

el sistema no le ofreciera continuamente medios de escape, desde la televisión hasta los tranquilizantes, que le permiten olvidar que cada vez se aleja más de lo que tiene de valioso la existencia. A pesar de todos los lemas en contrario, nos estamos acercando rápidamente a una sociedad gobernada por burócratas que administran a un "hombre-masa", bien alimentado, cuidado, deshumanizado y deprimido. Producimos máquinas que son como hombres, y hombres que son como máquinas. Lo que más se le criticaba al *socialismo* hace cincuenta años —que conduciría a la uniformidad, a la burocratización, a la centralización y a un materialismo sin espíritu— es una realidad del *capitalismo* de hoy. Hablamos de libertad y democracia; sin embargo un grupo cada vez mayor de personas tiene miedo de la responsabilidad de la libertad, y prefiere la esclavitud del robot bien alimentado. No tienen fe en la democracia y se contentan con dejar que los políticos expertos tomen las decisiones.

Hemos creado un vasto sistema de comunicación por medio de la radio, la televisión y los periódicos. Sin embargo, en vez de conocer la realidad política y social, la gente está adoctrinada y mal informada.

El lenguaje equívoco se ha convertido en la regla en los países de libre empresa, así como en los de sus contrarios. Los últimos llaman "democracia del pueblo" a la dictadura, los primeros llaman a ésta "pueblo amante de la libertad" si es su aliada política. La posibilidad de que cincuenta millones de norteamericanos puedan morir en un ataque atómico se toma como "riesgos de guerra", y se hace alarde de la victoria; cuando se piensa cuerdamente, se ve claro que no puede haber triunfo para nadie en un holocausto atómico.

La educación, tanto primaria como superior, ha alcanzado la cima. Sin embargo, mientras más educación tiene la gente, tiene menos razón, juicio y convicción. Cuando mucho habrá mejorado su inteligencia; pero su raciocinio (que es la capacidad de penetrar a través de

la superficie y entender los móviles subyacentes de la vida individual y social) se ha empobrecido más. El pensamiento se separa más del sentimiento, y el hecho mismo de que la gente tolere la amenaza de la guerra atómica que se cierne sobre la humanidad, indica que el hombre moderno ha llegado a un punto en el que su salud mental debe ponerse en duda.

En vez de ser el amo de las máquinas que ha construido, el hombre se ha convertido en su sirviente. Pero él no ha sido creado para ser una cosa, ni aun satisfaciendo sus necesidades de consumo, es posible mantener siempre inactivas sus fuerzas vitales. Sólo tenemos una alternativa: dominar de nuevo las máquinas, convirtiendo la producción en un medio, no en un fin, utilizando ésta para el desenvolvimiento del hombre. De otra manera, las energías vitales reprimidas se manifestarán en forma caótica y destructiva. El individuo preferirá destruir la vida antes que morir de aburrimiento.

¿Podemos considerar a nuestra forma de organización social y económica responsable de esta situación? Como se apuntó antes, nuestro sistema industrial (su forma de producción y consumo, las relaciones humanas que fomenta) origina, precisamente, la situación humana que se ha descrito. No porque *quiera* crearla, ni por malas intenciones de los individuos, sino porque el carácter del hombre medio se forma por las costumbres que le impone la estructura social.

Es indudable que el capitalismo del siglo xx ha tomado una forma muy diferente a la del siglo xix. Es tan distinto que se vacila aun en aplicar el mismo término a ambos sistemas. La enorme concentración de capital en empresas gigantes, la creciente separación entre la administración y la propiedad, la existencia de poderosos sindicatos, los subsidios estatales para la agricultura y otros sectores de la industria, el principio de "el Estado benefactor", el control de precios y la economía dirigida, y otros muchos aspectos, distinguen radicalmente al capitalismo del siglo xx del anterior. Sin embargo existen (no importa los términos que utilicemos) ciertos factores básicos tanto en el viejo como en el nuevo capitalismo: el principio de que no es la solidaridad y el amor, sino la acción individualista y egoísta lo que da mejores resultados para todos; la creencia de que un mecanismo impersonal —el mercado— debe regir la vida de la sociedad, en vez de la voluntad, la visión y la planeación. El capitalismo coloca a las cosas —el capital— por encima de la vida —el trabajo—. La posesión, no la actividad, confiere el poder.

El capitalismo contemporáneo añade obstáculos al desarrollo del hombre. Necesita equipos de obreros, empleados, ingenieros, consumidores que funcionen de manera eficaz. Sucede así porque las grandes empresas regidas por burocracias requieren de este tipo de organización, y de hombres organizados que se adapten a ella. Nuestro sistema tiene que crear gente que se ajuste a sus necesidades, y (en un gran número) que coopere eficazmente, que quiera consumir cada vez más; pero que sus gustos sean uniformes y puedan ser fácilmente influidos y previstos. Necesita individuos que se sientan libres e independientes,



William de Kooning. Pintura, 1948.

no sujetos a ninguna autoridad o principio de conciencia, y que, sin embargo, estén dispuestos a dejarse manejar, a hacer lo que se espera de ellos, a amoldarse sin fricciones a la maquinaria social, que puedan ser guiados sin recurrir a la fuerza, dirigidos sin dirigentes, impulsados sin ninguna finalidad, excepto cumplir el deber, moverse, seguir adelante.

La producción se basa sobre el principio de que una inversión de capital debe producir ganancias, en vez de que las necesidades de la gente determinen lo que debe ser producido. Ya que la radio, la televisión, los libros, las medicinas, están sujetos al principio de ganancias, se induce a la gente hacia un tipo de consumo que a menudo es dañoso para el espíritu, y algunas veces hasta para el cuerpo.

El fracaso de nuestra sociedad para satisfacer las aspiraciones humanas arraigadas en nuestras tradiciones espirituales, tiene consecuencias inmediatas para los dos temas de discusión más vehemente de nuestro tiempo: la paz y el igualamiento entre la riqueza del occidente y la pobreza de las dos terceras partes de la humanidad.

La enajenación del hombre moderno, con todas sus consecuencias, le dificulta resolver este problema. Debido a que adora las cosas y ha dejado de rendir culto a la vida, tanto a la propia como a la de sus semejantes, el individuo no sólo desconoce los principios morales, sino que ni siquiera piensa racionalmente en beneficio de su propia supervivencia. Es indudable que el armamento atómico conducirá a la destrucción universal, y que la división entre las naciones pobres y las ricas provocará abusos violentos y dictaduras. Sin embargo sólo se llevan a cabo tentativas mezquinas, y, por lo tanto, fútiles para resolver estos problemas. Parece que deseamos probar que los dioses ciegan a aquellos a quienes quieren destruir.

IV

Hasta aquí lo que se relaciona con el capitalismo. ¿Cuál es la historia del socialismo? ¿Qué es lo que pretende?, ¿qué ha logrado en los países en donde ha sido posible implantarlo?

El socialismo del siglo XIX, en su forma marxista y en otras muchas, quería crear las bases materiales para una existencia humana digna para todos. Deseaba que el trabajo dirigiera el capital, en lugar de que el último dirigiera al primero. Para el socialismo, el trabajo y el capital no eran sólo dos categorías económicas y sociales, sino que representaban dos principios universales: el capital, el principio de acumular cosas, de *tener*; y el trabajo, los poderes de la vida y del hombre, el *ser* y llegar a ser. Los socialistas encontraron que en el capitalismo las cosas dirigen la vida; que tener es superior a ser; que el pasado gobierna el presente, y ellos querían invertir esta relación. La finalidad del socialismo era la emancipación del hombre, su restauración al rango de individuo no enajenado, no baldado, capaz de entrar en una nueva, rica y espontánea relación con su prójimo y con la naturaleza. La mira del socialismo era que el hombre arrojara las cadenas que lo atan, las fantasías y las irrealidades, y se transforma-



Phillip Evergood. *Bufón*, 1950.

ra en un ser que pudiera utilizar en forma creadora sus facultades para sentir y pensar. El socialismo deseaba que el individuo se volviera independiente, o sea que se sostuviera sobre sus propios pies, y creía que el hombre sólo podría llevar a cabo esto, como dijo Marx, si "se debe la existencia a sí mismo, si afirma su individualidad como un hombre completo en cada una de sus relaciones con el mundo, viendo, oyendo, oliendo, gustando, sintiendo, pensando, deseando, amando, en una palabra, si afirma y expresa todos los órganos de su individualidad". El propósito del socialismo era la unión del hombre con el hombre, y de éste con la naturaleza.

La finalidad del socialismo era la individualidad, no la uniformidad; la liberación de las trabas económicas, no el convertir los objetivos materiales en el principal interés de la vida; el sentimiento de completa solidaridad entre los hombres, no el manejo y la dominación de unos a otros. El principio del socialismo era que cada hombre es un fin en sí mismo, y no debe nunca ser el instrumento de otro. El socialismo deseaba crear una sociedad en la que cada ciudadano participara activa y responsablemente en todas las decisiones, en la que pudiera participar por el hecho de ser hombre y no una cosa, por tener convicciones y no opiniones sintéticas.

El socialismo esperaba que con el tiempo desapareciera el Estado, a fin de que sólo se administraran las cosas y no a las personas. Se proponía establecer una sociedad sin clases en la que la libertad y la iniciativa serían devueltas al individuo. El socialismo, en el siglo XIX, y hasta el principio de la primera Guerra Mundial, era el movimiento humanista y espiritual más significativo en Europa y América.

¿Qué le ha sucedido al socialismo? Ha sucumbido al espíritu del capitalismo, al que deseaba reemplazar. En lugar de interpretarlo como un movimiento para la liberación del hombre, muchos de sus adeptos, y también de sus enemigos, lo entendieron como si fuera exclusivamente un movimiento para la mejoría eco-

nómica de la clase trabajadora. Las miras humanistas del socialismo fueron olvidadas, o sólo sirvieron para hacer demagogia. Como en el capitalismo, todo el interés se dirigió hacia el provecho económico. Así como los ideales de la democracia perdieron sus raíces espirituales, el socialismo perdió su más profunda raíz: la fe profética mesiánica en la paz, en la justicia y en la hermandad de los hombres.

Así el socialismo se convirtió en un medio para que los trabajadores consiguieran su puesto *dentro* de la estructura capitalista, en lugar de trascenderla. En vez de cambiar al capitalismo, el socialismo se dejó absorber por el espíritu de aquél. El movimiento socialista se convirtió en un completo fracaso cuando en 1914 sus jefes renunciaron a la solidaridad internacional, y prefirieron los intereses económicos y militares de sus respectivos países a las ideas de internacionalismo y de paz que habían formado parte de su programa.

La mala interpretación del socialismo como un movimiento puramente económico, y de la nacionalización de los medios de producción como su principal objetivo, ocurrió en el ala derecha y en la izquierda del socialismo. Los jefes reformistas del movimiento socialista en Europa consideraron que su principal objetivo era elevar la condición económica de los trabajadores dentro del sistema capitalista, y que sus medidas más radicales estribaban en la nacionalización de ciertas grandes industrias. Sólo recientemente se ha llegado a comprender que la nacionalización de una empresa no constituye en sí misma la realización del socialismo. Para el trabajador, no hay diferencia esencial entre ser gobernado por una burocracia privada, y ser gobernado por una burocracia de carácter público.

Los jefes del partido comunista en la Unión Soviética interpretaron el socialismo con este mismo criterio simplista-económico. Pero viviendo en un país mucho menos desarrollado que la Europa Occidental, y sin una tradición democrática, impusieron el terror y la

dictadura para impulsar la rápida acumulación del capital, que la Europa Occidental había logrado ya en el siglo XIX. Ellos crearon una nueva forma de capitalismo de Estado que demostró tener éxito económico pero ser humanamente destructivo. Construyeron una sociedad manejada burocráticamente, en la que la diferencia de clases, tanto en el sentido económico como en el aspecto de la autoridad, es más profunda y estricta que en cualesquiera de las sociedades capitalistas del presente. Definen su sistema como socialista, porque han nacionalizado toda su economía, cuando en realidad su sistema es la negación íntegra de cuanto el socialismo preconiza: la afirmación de la individualidad y el pleno desarrollo del hombre. A fin de ganar el apoyo de las masas, quienes tienen que hacer tremendos sacrificios para lograr una rápida acumulación del capital, utilizaron ideologías socialistas combinadas con ideologías nacionalistas; así han conseguido la renuente cooperación de los gobernados.

Hasta aquí el sistema de libre empresa es bastante superior al comunista, porque ha conservado una de las más grandes aspiraciones del hombre moderno: la libertad política, y, con ello, el respeto a la dignidad y a la individualidad del hombre, que nos vincula con la tradición fundamental y espiritual del humanismo. Esto hace posible la crítica, y el proponer cambios sociales constructivos, lo cual, en la práctica, es imposible dentro del Estado policiaco soviético. Sin embargo, es de esperarse que cuando los países soviéticos alcancen el mismo nivel económico de desarrollo de Europa Occidental y los Estados Unidos, esto es, que una vez que puedan satisfacer la exigencia de una vida cómoda, no necesitarán ya del terror, sino que serán capaces de emplear los mismos medios de control que el Occidente hará que coincidan el capitalismo y el comunismo del siglo XX. Ambos sistemas se basan en la industrialización, su finalidad es incrementar la eficiencia económica y la riqueza. Son sociedades regidas por una clase dirigente y por políticos profesionales. Ambas son materialistas por completo en sus puntos de vista, a pesar de la palabrería de la ideología cristiana en el occidente y del mesianismo secular en el oriente. Organizan a las masas mediante un sistema centralizado, en grandes fábricas, en partidos políticos de masas. Si ambas continúan en el mismo camino, el hombre-masa enjendado, bien alimentado, vestido, que se divierte mucho, el hombre-autómata (gobernado por burócratas que tienen tan pocas miras como él) tomará el lugar del hombre creativo, sensible y reflexivo. Las cosas ocuparán el primer lugar, y el hombre habrá muerto. *Hablará* de libertad y de individualidad, pero no será *nadie*.

¿Dónde nos encontramos hoy en día?

El capitalismo y un socialismo adocionado y falsificado han conducido al hombre a una situación en que está en peligro de convertirse en autómatas deshumanizados, está perdiendo su cordura y se halla en vísperas de su total autodestrucción. Sólo la plena conciencia de su situación y de sus peligros, y una

nueva visión de la vida que pueda realizar las metas de la libertad humana, dignidad, poder creador, razón, justicia y solidaridad, podrán salvarnos de una casi segura decadencia, pérdida de la libertad o destrucción. No estamos obligados a elegir entre un sistema administrativo de libre empresa, y uno comunista. Hay una tercera solución: un socialismo democrático humanista que, basado en los principios originales del socialismo, ofrece la visión de una nueva sociedad verdaderamente humana.

¿Cuáles son los principios que sustentan la idea de un socialismo humanista?

1. Un sistema social y económico no es sólo un sistema específico de relaciones entre cosas e instituciones, sino de relaciones humanas. Cualquier concepto y práctica del socialismo debe examinar-



Ben Shahn. *Época*, 1950.

se según la naturaleza de las relaciones de los seres humanos a quienes está destinado.

2. En toda clase de convenios sociales y económicos, el hombre constituye el valor supremo. El objetivo de la sociedad es ofrecer condiciones para el pleno desarrollo de las facultades, la razón, el amor y el poder de creación. Toda medida social debe conducir a vencer la enajenación y la incapacidad del hombre, a permitirle lograr la libertad real, y la individualidad. El propósito del socialismo es crear un conjunto humano en el que el pleno desarrollo de cada uno es la condición para el desenvolvimiento de todos.

3. El principio supremo del socialismo es que el hombre tenga prioridad sobre las cosas, la vida sobre la propiedad, y, por consiguiente, el trabajo sobre el capital. Que el poder provenga de la creación, no de la posesión; que el hombre no sea gobernado por las circunstancias, sino éstas por aquél.

4. En las relaciones entre personas debe regir el principio de que cada hombre es un fin en sí mismo, y jamás debe convertirse en un medio para los fines de otro. De este principio se desprende que ninguno debe estar sujeto personalmente a otro individuo, porque éste posea capital.

5. El socialismo humanista se funda en la creencia de la unión de la humanidad y en la solidaridad de todos los hombres. Combate cualquier forma de culto al Estado, a la nación o a la clase. Considera que la suprema lealtad debe ser para la raza humana, y para los principios morales del humanismo. Se esfuerza por vivificar aquellos valores e ideas sobre los que se erigió la civilización occidental.

6. El socialismo humanista se opone radicalmente a la guerra y a la violencia en todas y en cada una de sus formas. Cualquier intento de resolver problemas sociales y políticos por la fuerza y la violencia lo considera no sólo fútil, sino inmoral e inhumano. Por lo tanto, se opone firmemente a toda clase de armamentos, así como a cualquier política que intente conseguir la seguridad por las armas. Considera que la paz no debe ser sólo ausencia de guerra, sino un principio positivo de relaciones humanas basadas en la libre cooperación de todos los hombres para el bien común.

7. De los principios socialistas se desprende no sólo que cada miembro de la sociedad se siente responsable por sus conciudadanos, sino por los ciudadanos de todo el mundo. La injusticia que permite que las dos terceras partes de la raza humana padezcan hambre, o mueran, debe ser reparada por un esfuerzo mayor que el que han hecho hasta ahora las naciones ricas, para ayudar a los países subdesarrollados a alcanzar un nivel económico satisfactoriamente humano.

8. El socialismo humanista aboga por la libertad. Pretende que el hombre se libere del miedo, de la necesidad, de la opresión y de la violencia; pero la libertad no es sólo libertad *de*, sino también *para*; libertad para participar activa y responsablemente en todas las decisiones que se relacionen con los ciudadanos, libertad para desarrollar en su más alto grado posible las cualidades humanas del individuo.

9. La producción y el consumo deben estar subordinados a las necesidades del desarrollo del hombre, no a la inversa. En consecuencia, toda la producción debe regularse por el principio de utilidad social, y no por el beneficio material que le reporte a algunos individuos o empresas. Por consiguiente, si se debe escoger entre una gran producción, por una parte, o una gran libertad y desarrollo humanos, por la otra, debe elegirse el valor humano en vez del material.

10. En el socialismo industrial, el objetivo no es alcanzar la más alta productividad económica, sino la humana. Esto significa que la manera en que el hombre emplea la mayor parte de sus energías, tanto en el trabajo como en el ocio, debe tener un significado y ofrecer un interés para él. Se debe estimular y auxiliar el desarrollo de todas sus facultades humanas, tanto intelectuales como emocionales y artísticas.

11. Aunque para vivir se deben satisfacer las necesidades básicas materiales, el consumo no debe ser un objetivo en sí mismo. Debe evitarse todo intento de estimular artificialmente las necesidades materiales en provecho de las ganancias. El desperdicio de las fuentes materiales y el desgaste sin sentido, con fines de consumo, es dañino para el desarrollo de la madurez humana.

12. El humanismo socialista es un sistema en el que el hombre gobierna el capital, no éste al hombre, en el que el individuo manda sobre sus circunstancias, no éstas al hombre, en el que los miembros de la sociedad planean lo que desean producir, en lugar de que la producción obedezca las leyes del poder impersonal del mercado, y las del capital con su inherente necesidad de ganancias máximas.

13. El socialismo humanista es la continuación del proceso democrático en la esfera económica, más allá del terreno puramente político. Esto significa democracia política e industrial, y la restauración del sentido original de la democracia política: la verdadera participación de los ciudadanos, bien informados y responsables, en todas las decisiones que los afecten.

14. La continuación de la democracia en la esfera económica significa el control democrático de los participantes en todas las actividades económicas: obreros, ingenieros, administradores, etc. El socialismo humanista no se interesa principalmente en la propiedad legal, sino en el control social de las industrias grandes y fuertes. El control irresponsable de la administración burocrática que representa los intereses del capital debe ser reemplazado por una administración que actúe en nombre de los que producen y consumen, y que sea controlada por éstos.

15. El objetivo del socialismo humanista sólo puede alcanzarse implantando el máximo de descentralización compatible con un mínimo de centralización necesaria para el funcionamiento de una sociedad industrial. Las funciones de un Estado centralizado deben ser reducidas al mínimo, en tanto que la actividad voluntaria de los ciudadanos que cooperen libremente constituiría el mecanismo central de la vida social.

16. El socialismo humanista es el resultado lógico y voluntario del ejercicio de la naturaleza humana en condiciones racionales. Es la realización de la democracia arraigada en el legado humanista del género humano, acondicionada a una sociedad industrial. Es un sistema social que opera sin emplear la fuerza: ni la física ni la sugestión hipnótica por la que los hombres son forzados sin darse cuenta de ello. Sólo puede lograrse mediante un llamado a la razón del hombre, y a su deseo de una vida más humana, rica y significativa. Se basa en la fe en la habilidad del hombre para construir un mundo que sea verdaderamente humano, en el que el enriquecimiento de la vida y el desarrollo del individuo serían los principales objetivos, en tanto que los fines económicos se reducirían a su justo papel de medios para una vida humana más fértil.

EL GRAN VIRAJE

Por Enrique GONZÁLEZ PEDRERO

EN EL DRAMA contemporáneo hay dos grandes protagonistas, los que hace más de un siglo profetizó Alexis de Tocqueville: Rusia y los Estados Unidos. Pero ni un espíritu tan lúcido como el de Tocqueville pudo anticipar que "los comparsas" estuvieran llamados a representar papeles cada vez más importantes. Fue Hegel quien formuló teóricamente la relación dialéctica que ahora contemplamos claramente en el ámbito de las relaciones internacionales y que, de haber servido de argumento a una comedia, habría podido titularse: "De cómo los esclavos se convierten en amos." Después, Carlos Marx fundamentaría científicamente la solución de la antinomia, de la "tragedia" de Occidente. En efecto, simultáneamente a la coexistencia de los bloques occidental y soviético existe un tercer bloque potencial, con el que los coexistentes tendrán que contar, de grado o por fuerza. Ese "tercero en discordia" es el conjunto de los países subdesarrollados. La anterior afirmación no puede parecer ya una profecía utópica porque las condiciones para su cumplimiento están en algunos casos ante nuestros ojos. No adelantemos, sin embargo, las consecuencias últimas antes de familiarizarnos con las causas primeras. ¿Qué significa el subdesarrollo económico? ¿En qué condiciones se da?

¿Qué relaciones entran en juego para producirlo?

El *porqué* del subdesarrollo es precisamente el tópico de este estudio. Sin desarrollo pleno no hay vida —económica, política, cultural— plena; no hay amplitud teórica ni práctica; no hay existencia total, no hay libertad. Lo que hay, lo que existe en este ancho ámbito es "a medias", "fifty and fifty", "sub": sub-economía, sub-política, sub-cultura. Los países subdesarrollados son casi países, naciones en un cincuenta por ciento y el hombre que en ellos habita es un ser dependiente, un sub-hombre.

Hombre y mundo subdesarrollado dependen, pero no de sí mismos sino de otros hombres y otros mundos extraños que ordenan, planean, reciben y reparten. Como el recién nacido ligado aún por el cordón umbilical a la madre, se debaten entre la vida propia y la ajena; fluctúan entre la incipiente y la otra personalidad: son, sin ser a cabalidad; son, sin ser todavía.

I. El problema del subdesarrollo económico responde, pues, en términos generales al análisis de la dominación y la servidumbre que Hegel expuso en la *Fenomenología*. Según Hegel, para ser hombre es necesario ser reconocido por los demás, por las otras conciencias: yo



Los indios de la selva del Brasil viven de la caza y la pesca.